

EL HOMBRE INQUIETO

HENNING MANKELL
EL HOMBRE INQUIETO

Traducción de Carmen Montes

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Den Orolige Mannen*

Diseño de la colección: Adaptación de un diseño original de

FERRATERCAMPINSMORALES

Ilustración de la cubierta: © Getty Images

Fotografía del autor: © Itziar Guzmán

© 2009, Henning Mankell. Publicado por acuerdo con Leopard Förlag AB,
Estocolmo y Leonhard & Høier Literary Agency A/S, Copenhagen

© 2009, Carmen Montes Cano, de la traducción

© 2010, Sylvia Sans, diseño de la cubierta

© Tusquets Editores, S.A. - Barcelona, España

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2016, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com

www.tusquetseditores.com

1.ª edición en Andanzas en Tusquets España: octubre de 2009

2.ª edición en Andanzas en Tusquets España: diciembre de 2009

1.ª edición en Andanzas en Tusquets México: noviembre de 2009

1.ª edición en Maxi en Tusquets España: noviembre de 2010

1.ª edición en Maxi en Tusquets México: noviembre de 2010

1.ª edición en Maxi en esta presentación en Tusquets México: enero 2017

ISBN: 978-607-421-886-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Índice

Prólogo	11
Primera parte	
La marcha hacia las ciénagas	19
Segunda parte	
Sucesos bajo la superficie	161
Tercera parte	
El sueño de la Bella Durmiente	295
Cuarta parte	
El espejismo	441
Epílogo	575
Colofón	589

Primera parte
La marcha hacia las ciénagas

El mismo año en que Kurt Wallander cumplió cincuenta y cinco, hizo realidad, para su propio asombro, un sueño que llevaba mucho tiempo acariciando. Desde que se separó de Mona, hacía ya cerca de cinco años, pensaba en dejar el apartamento de Mariagatan, cuyas paredes encerraban tantos recuerdos, y mudarse a vivir al campo. Cada vez que llegaba a casa por la noche, después de un día de trabajo más o menos miserable, le venía a la memoria que hubo un tiempo en el que vivió allí con su familia. Ahora, en cambio, los muebles parecían mirarlo con una especie de acusadora desesperanza.

Jamás se reconciliaría con el hecho de vivir allí hasta alcanzar una edad en la que tal vez no pudiese arreglárselas solo. Pese a que aún no había cumplido los sesenta, cada vez pensaba con más frecuencia en la solitaria vejez de su padre y sabía que no deseaba repetir esa experiencia. Bastante tenía con mirarse por la mañana al espejo a la hora de afeitarse, y comprobar cómo se parecía cada vez más a su progenitor. Cuando era joven, tenía más bien los rasgos de su madre, pero ahora daba la sensación de que su padre estuviese ganándole terreno, como un corredor que hubiese ido muy rezagado pero que, paulatinamente, fuese alcanzándolo a medida que él mismo se acercaba al hilo invisible de la meta.

La visión del mundo que tenía Wallander era bastante sencilla. No quería convertirse en un hombre huraño y amargado

y envejecer en soledad para recibir visitas sólo de su hija, y quizás, en alguna ocasión, de sus viejos colegas que, de repente, le recordasen que aún estaba vivo. No tenía ninguna creencia religiosa en la que hallar consuelo pensando que lo aguardaría algo al otro lado del río de oscuras aguas. Al otro lado lo único que había era la misma oscuridad de la que nació. Hasta que cumplió los cincuenta le daba pavor la muerte, temía aquello que él repetía como su mantra personal: *que estaría muerto tanto tiempo...* Había visto demasiados muertos en su vida. Y no podía decir que en sus mudos semblantes hubiese algo que apuntase a la existencia de un cielo que hubiese acogido sus almas. Como tantos otros policías, había vivido todas las variantes posibles de la muerte. En alguna ocasión, justo después de cumplir los cincuenta y de haber sido homenajeado en la comisaría con una tarta, un discurso vacío y una serie de frases hechas pronunciadas por Lisa Hugosson, que por aquel entonces era comisaria, empezó a rescatar de la memoria y anotar en un cuaderno comprado para ese fin a todos los muertos a los que había conocido. Fue una tarea macabra que le atraía sin que supiera por qué. Cuando llegó al décimo suicida, un hombre de unos cuarenta años, toxicómano, que tenía casi todos los problemas imaginables, se dio por vencido. El sujeto se colgó en el desván de la casa en ruinas en la que se alojaba. El muerto, que se llamaba Welin, se colgó de tal modo que se le partiría el cuello, para no arriesgarse a ir ahorcándose paulatinamente. El forense le dijo a Wallander que había conseguido su propósito. Fue hábil en su labor de verdugo de sí mismo. En aquel momento, Wallander abandonó los casos de suicidio y, necio de él, se dedicó unas horas a intentar recordar a los jóvenes o niños que había encontrado muertos. Sin embargo, también terminó por abandonar esa tarea, era demasiado repulsiva. Después sintió vergüenza y quemó el bloc de notas, como si hubiese estado haciendo algo tan perverso como prohibido. Wallander era, en

el fondo, un hombre jovial, aunque no siempre se permitía subrayar esa faceta de su carácter.

Aun así, siempre tuvo por compañera a la muerte. Él mismo había matado a dos personas estando de servicio, pero una vez concluidas las investigaciones oportunas nunca lo acusaron de haber recurrido a la violencia de forma injustificada.

El haber matado a dos personas era la cruz particular que le había tocado llevar. Ciertamente no reía muy a menudo, pero se debía a las experiencias que se había visto obligado a vivir.

Mas, un día, Wallander tomó una decisión terminante. Había estado cerca de Löderup, no muy lejos de la casa en la que vivió su padre, hablando con un agricultor que había sufrido un atraco espantoso. Por el camino, de regreso a Ystad, vio un letrero de una inmobiliaria que señalaba hacia un pequeño camino de grava, al final del cual había una casa en venta. De repente, como de la nada, lo tenía decidido. Se detuvo, dio la vuelta y buscó la casa que vendían. Antes de salir del coche ya se percató de que necesitaría reformas. En efecto, la casa de entramado estuvo construida en su día en forma de U, pero ahora faltaba uno de los laterales, desaparecido quizás en un incendio. Recorrió el jardín. Era un día a principios de otoño. Aún recordaba que una bandada de aves migratorias iba hacia el sur siguiendo una ruta que pasaba justo por encima de su cabeza. Miró por las ventanas y enseguida constató que sólo era el techo lo que necesitaba una buena reparación. Las vistas eran sobrecogedoras, intuía el mar a lo lejos, incluso uno de los transbordadores que venían de Polonia rumbo a Ystad. Aquella tarde de septiembre de 2003 inició una inmediata relación de amor con aquella casa.

Fue derecho a la inmobiliaria de Ystad. El precio no era tan alto y podría pedir un préstamo asequible para él. Al día si-

guiente sin más tardanza volvió a la casa en compañía del agente inmobiliario, un joven que hablaba de forma artificiosa y que parecía encontrarse en un lugar muy remoto. Los últimos propietarios de la casa fueron una joven pareja de Estocolmo que decidieron separarse antes incluso de empezar a amueblarla. Sin embargo, en las paredes de aquella casa vacía no había nada que lo asustase. Y lo más importante de todo estaba clarísimo: podría mudarse sin grandes reformas. El tejado aún aguantaría unos años. Lo único preciso era pintar algunas habitaciones, quizá cambiar la bañera y, probablemente, comprar una cocina nueva. Pero la caldera no tenía más de quince años y la instalación eléctrica y de fontanería poco más.

Antes de marcharse, Wallander le preguntó si había algún comprador más. Había uno, aseguró el agente con gesto preocupado, como si quisiera que fuese Wallander el que se la quedase y con la tácita y sobreentendida advertencia de que debía decidirse de inmediato. Pero Wallander no tenía intención de comprar a ciegas. Habló con uno de sus colegas que tenía un hermano tasador y consiguió que el experto inspeccionase la casa al día siguiente. No encontró más fallos que los que el propio Wallander había notado. Ese mismo día fue al banco, donde le comunicaron que le concederían el crédito necesario para comprar la casa. Durante todos los años que vivió en Ystad había ido ahorrando, de forma distraída pero regular, y tenía una cantidad suficiente para pagar la entrada al contado.

Aquella noche se sentó a la mesa de la cocina y se puso a hacer un cálculo detallado. La situación le pareció un tanto solemne. Hacia medianoche ya estaba resuelto. Compraría aquella casa, que llevaba el dramático nombre de Cumbre Negra. Pese a lo tardío de la hora, llamó a su hija Linda, que vivía en una zona residencial de reciente construcción junto a la salida hacia Malmö. Aún no dormía.

—Ven —le dijo Wallander lleno de entusiasmo—. Tengo novedades.

—¿A medianoche?

—Sé que mañana libras.

Para él fue una sorpresa el día que, hacía unos años durante un paseo por la playa de Mossby, Linda le confesó que había resuelto seguir sus pasos. No le llevó ni un minuto reconocer que su decisión lo llenaba de alegría. En cierto modo era como volver a darle sentido a todos los años que él había trabajado como policía. Cuando terminó los estudios, Linda empezó a trabajar en Ystad. Los primeros meses vivió con él en Mariagatan. No fue muy buena idea, puesto que él, como perro viejo que era, tenía sus costumbres y además le costaba verla como una mujer adulta. Su relación se salvó cuando Linda encontró un apartamento propio.

Aquella noche, Wallander le contó sus planes. Linda lo acompañó a ver la casa al día siguiente y, en su opinión, era justo la que él debería comprar. Ninguna otra, sino aquélla, al final de un camino, sobre una colina de suave pendiente y con vistas al mar.

—Aquí se te aparecerá el abuelo —le dijo Linda—. Pero no tienes nada que temer, será como un santo protector.

El día que firmó la compra de la casa y, de repente, se vio con un gran manojo de llaves en la mano fue un momento decisivo y feliz en la vida de Wallander. Se mudó el 1 de noviembre después de haber pintado dos de las habitaciones y de haber renunciado a la compra de una cocina nueva. Dejó el apartamento de Mariagatan sin el menor asomo de duda de estar haciendo lo correcto. El día que tomó posesión de su nuevo hogar soplaban un fresco viento del sudeste.

Ya la primera noche, en medio del intenso vendaval, se cortó el suministro eléctrico. Y allí estaba, de pronto, en su nuevo hogar, ahora convertido en boca de lobo. Las vigas del techo crujían como si estuviesen retorciéndose y, además, notó que había una fuga. Pese a todo, no se arrepentía lo más mínimo. Allí era donde quería vivir.

En el jardín había una caseta de perro. De niño siempre soñó con tener uno. A los diez años perdió toda esperanza, pero entonces sus padres le regalaron un cachorro. Amó a aquel animal más que a nada en el mundo. Más tarde pensaría que, de hecho, fue la perrita, *Saga*, quien le enseñó lo que podía ser el amor. Cuando *Saga* tenía tres años la atropelló un camión. Jamás había sentido un dolor y una conmoción semejantes. Wallander no tenía la menor dificultad en evocar los sentimientos caóticos que aquel recuerdo despertaba, a pesar de que aquello sucedió hacía más de cuarenta años. «La muerte nos golpea», se decía. «Tiene un puño fuerte e implacable.»

Dos semanas más tarde consiguió un perro, un cachorro de labrador de color negro. No era de pura raza, pero su dueño lo describió como de la mejor clase. Wallander ya tenía decidido que el animal se llamaría *Jussi*, por el gran tenor sueco, uno de los mayores héroes de Wallander.

A principios de diciembre invitó a sus colegas de la comisaría a una fiesta de inauguración. También aquella noche falló la luz, pero en esta ocasión él ya estaba preparado y tenía velas y los dos candiles que había heredado de su padre. La luz no tardó ni una hora en volver. Resultó una velada que Wallander querría recordar siempre. Aún no era lo bastante viejo como para atreverse a romper con todo. Aún tenía amigos, no sólo

colegas que acudieran por una especie de extraño sentido del deber.

Cuando los últimos huéspedes se marcharon, Wallander dio un paseo con *Jussi* a altas horas de la noche. Llevaba una linterna para no tropezar en la oscuridad. No estaba sobrio, precisamente, y había un sinfín de cunetas ocultas entre las plantaciones que, en verano, relucirían amarillas de colza. Soltó a *Jussi*, que se perdió en la noche. Allá arriba reinaba el cielo frío y limpio, el viento había amainado. A lo lejos, en el horizonte, entrevió las luces de una embarcación. «Hasta aquí he llegado», se dijo. «Me he armado de valor y he cambiado mi vida, incluso me he comprado un perro. La cuestión es: ¿qué me espera a partir de ahora?»

Jussi volvió de entre la oscuridad como una sombra silenciosa. Pero tampoco el perro tenía a mano una respuesta a la pregunta que Wallander le hizo a la noche.

Poco más de tres años después, a principios de 2007, Wallander soñó justo con aquel instante: el final de la fiesta en su nueva casa. «La pregunta sigue en el aire», pensó al despertar. «Han pasado casi cuatro años y aún ignoro qué me espera.»

Fue pasado el día de Epifanía, un martes. Una breve tormenta de nieve arrasó durante la noche el sur de Escania antes de desaparecer hacia el Báltico. Un montón de nieve bloqueaba la entrada a la casa. A las seis de la mañana, Wallander ya se puso a retirar nieve mientras que *Jussi* olisqueaba el rastro de alguna liebre en los linderos de los campos vestidos de blanco. Wallander iba a empezar el día con una visita al médico que le controlaba la diabetes. Hacía ya más de diez años que se la diagnosticaron. Al principio pudo controlar los niveles de azúcar con un cambio de dieta, algo de ejercicio y unas pastillas, pero desde hacía algunos años también se inyectaba insulina cada día.

Tras la visita al médico, Wallander continuaría con la investigación que le tenía ocupado desde principios de diciembre. Un comerciante de armas de cierta edad y su esposa habían sido brutalmente atacados por unos ladrones que se llevaron una buena cantidad de armas. El hombre aún permanecía inconsciente en el hospital y su estado era de pronóstico reservado.

La mujer estaba consciente, pero iba a perder la vista de un ojo y había sufrido una fractura craneal. Wallander fue uno de los primeros en llegar al lugar del crimen, una hermosa casa con un jardín espacioso a poco más de diez kilómetros al norte de Ystad, y lo sobrecogió la violencia desmedida con que atacaron a los dos ancianos. Los habían golpeado hasta dejarlos sin sentido, los habían atado y los dejaron allí abandonados a su fatídico destino.

El hombre, que se llamaba Olof Hansson, se dedicaba a la venta de armas en su casa, donde tenía una armería. Había heredado el negocio de su padre. Junto con Hanna, su esposa, se especializó en revólveres y pistolas, a menudo piezas de colección únicas. Los ladrones acudieron allí bien preparados. Wallander, el fiscal Erik Petrén y los demás investigadores del grupo que llevaba el caso vieron las imágenes de las cámaras de vigilancia. Contaron hasta cinco asaltantes, todos con máscaras. Una de las cámaras captó el momento en que Olof Hansson recibía un golpe en la nuca con un mazo de madera. Entonces se oyó en la sala un lamento medio ahogado.

Wallander recordó a otra pareja de ancianos asesinada en Lenarp hacía casi veinte años. En el almanaque privado de Wallander, aquella fue una de las investigaciones más intensas de sus años en Ystad. Dos refugiados que buscaban asilo atracaron a un viejo campesino que acababa de sacar una gran cantidad de dinero de una oficina bancaria. Era como si lo viese suceder ante sus ojos una vez más, el mismo horror que se repetía. Lo que sucedió en aquellos tiempos ya lejanos se mezclaba con

lo que tenía ahora entre manos. La misma violencia bestial, una brutalidad que hoy lo asustaba tanto como entonces.

Durante más de un mes trabajaron para atrapar al autor del crimen. Las primeras semanas se movían sin la menor idea o pista segura, aunque el hecho de que estuviese tan bien planeado fue en sí una pista para Wallander. El asesino reaparecería, con toda probabilidad, entre los delincuentes fichados. En una ocasión dejó Ystad para visitar Hässleholm, donde habló con un hombre llamado Rune Berglund. Se conocieron en la penumbra del atardecer, ante el estadio deportivo de la ciudad. Berglund tenía en su pasado antecedentes de robo, y en dos ocasiones fue condenado incluso por sendos delitos de lesiones graves. Pero el hombre se redimió de repente y, para asombro de todos, abandonó de veras aquel camino de delincuencia. Pese a haber cesado en su carrera criminal, Berglund poseía una amplia red de contactos. Wallander había recurrido a sus servicios como informante gracias a un policía judicial de Malmö, y a partir de entonces volvió a ponerse en contacto con él alguna que otra vez cuando necesitaba información. El precio era siempre el mismo, doscientas coronas en la cesta de la colecta de la iglesia. Berglund trabajaba de siete a cuatro en una empresa de neumáticos y pasaba todo su tiempo libre en la Iglesia Libre en cuyo seno había encontrado a Jesús. O quizá fuese al contrario y Jesús lo hubiese encontrado a él... Wallander nunca dudó de que sus billetes de cien coronas iban a parar a donde él decía.

Berglund no se sorprendió cuando Wallander le explicó el motivo de su visita, los medios de comunicación se habían hecho cumplido eco del robo de armas perpetrado a las afueras de Ystad. Según Berglund, podría tratarse de un trabajo por encargo desde el extranjero. Pese a que Olof Hansson disponía en su vivienda de una completa instalación de seguridad, no era nada comparado con lo que podía encontrarse en el continente. En otras palabras, a unos ladrones de armas experimentados les re-

sultaría más sencillo elegir la casa de Hansson que cualquier otro objetivo extranjero. Berglund prometió llamarlo si se enteraba de algo. Y eso hizo, de hecho, la víspera de Nochebuena con el soplo de que quizá podía tratarse de una banda compuesta por suecos y un grupo de polacos contratados para aquel fin.

Olof Hansson murió aquella Nochebuena, y el caso pasó de la denominación de robo y lesiones graves a la categoría de asesinato. En él trabajaban ante todo dos policías, Ann-Louise Edenman, de Lund, y Kristina Magnusson, que, como el propio Wallander, se trasladó de Malmö a Ystad. Sin que nadie lo decidiese en realidad, recayó sobre Wallander la tarea de dirigir la investigación. De vez en cuando recordaba los tiempos en que su superior inmediato, durante sus primeros años en Ystad, era el experto comisario Rydberg. A Rydberg le diagnosticaron un cáncer y falleció. Wallander lo añoró siempre, hubo periodos en que pensaba en él a diario y aún hoy le llevaba flores a su tumba cuando se veía involucrado en una investigación complicada. Y ante la sencilla lápida bajo la que descansaba su maestro se preguntaba qué habría hecho él en su lugar. Al mismo tiempo sentía curiosidad por saber si llegaría el día en que Edenman o Magnusson se preguntasen también qué habría hecho Wallander en una situación determinada.

No lo sabía. Y, en el fondo, tampoco quería saberlo.

El 12 de enero, la vida de Wallander sufrió un cambio radical. En primer lugar, la investigación experimentó un avance decisivo. Kristina Magnusson entró en tromba en el despacho donde Wallander revisaba unos informes sobre robos de armas que le habían enviado desde el departamento central de la policía judicial. Por la expresión de su rostro Wallander comprendió que algo había sucedido. Se reconoció a sí mismo en aquella expresión, pues también él entraba en tromba en los des-

pachos de sus colegas cuando de pronto recibía una información decisiva.

—Hanna Hansson ha empezado a hablar —anunció la colega—, y a recordar.

—¿Qué ha dicho?

—Que reconocía al menos a uno de los dos hombres.

—Pero ¡si iban enmascarados!

—Dice que reconoció las voces. Los dos habían estado en la armería con anterioridad.

—¿Sin máscara?

Kristina Magnusson asintió. Wallander comprendió enseñada lo que aquello podía significar.

—Es decir, que están registrados en antiguas grabaciones de las cámaras.

—Podría ser.

Wallander valoró la información que acababa de recibir.

—¿Estás segura de que no se equivoca?

—Parecía tener la mente despejada y sonaba muy convencida.

—¿Sabe que su marido ha fallecido?

—No. Sus dos hijas están en el hospital, pero los médicos les han pedido que no le den la noticia aún.

Wallander meneó la cabeza pensativo.

—Si está tan lúcida como dices, ya lo sabrá. Se lo habrá visto a sus hijas en la mirada.

—Te refieres a que tanto da si se lo decimos, ¿no?

Wallander se levantó de la silla.

—Me refiero a que no debemos dejarnos engañar. Ella sabe que su marido ha muerto. ¿Cuánto tiempo llevaban casados? ¿Cuarenta y siete años? Bien, vamos a reunir a todo el personal disponible y a estudiar las películas de las cámaras de seguridad.

Cuando Wallander salió al pasillo detrás de Kristina Magnusson, cuyo trasero se complacía en observar secretamente, sonó el teléfono de su despacho. Dudó si responder o no, pero

finalmente se dio la vuelta y entró en el despacho. Era Linda. Tenía varios días libres después de haber trabajado durante un Fin de Año más agitado de lo común; con infinidad de disputas familiares y de casos de malos tratos en Ystad.

—¿Tienes un momento?

—En realidad, no. Es posible que podamos identificar ya a alguno de los ladrones de armas.

—Tenemos que vernos.

Wallander la notó tensa y se preocupó, como siempre que creía que podía haberle pasado algo.

—¿Se trata de algo grave?

—No, en absoluto.

—Podemos vernos a la una.

—¿En la playa de Mossby?

Wallander creyó que bromeaba.

—¿Quieres que me lleve el bañador?

—Hablo en serio. En la playa de Mossby, pero nada de bañarse.

—¿Qué vamos a hacer allí con el frío que hace y lo que sopla el viento?

—Estaré allí a la una. Y tú también.

Linda colgó sin darle tiempo a hacer más preguntas. ¿Qué querría? Durante un rato se quedó inmóvil intentando dar con la respuesta, pero sin éxito. Después se encaminó a la sala de reuniones que tenía el mejor televisor y se pasó dos horas viendo las películas de las cámaras de seguridad de Hansson. Cerca de las doce y media aún les quedaban por ver la mitad de las filmaciones. Wallander se levantó y anunció que lo retomarían a las dos. Martinsson, uno de los policías con los que Wallander llevaba más años trabajando en Ystad, lo miró sorprendido.

—¿Vamos a dejarlo ahora? Que yo sepa, tú nunca has tenido horas fijas para comer.

—No voy a comer. Tengo otra reunión.

Dejó la sala pensando que había sido más cortante de lo necesario al responder. Martinsson y él no eran sólo colegas, eran amigos. Cuando Wallander celebró la fiesta de inauguración de la casa de Löderup, Martinsson pronunció un discurso en su honor, por el perro y por la casa. «Somos como una triste pareja de ancianos», se dijo mientras salía de la comisaría. «Una pareja que discute, más que nada para mantenerse en forma.»

Se encaminó a su coche, un Peugeot que había comprado hacía cuatro años, y partió en dirección a su cita. «¿Cuántas veces habré recorrido esta carretera? ¿Cuántas más la recorreré?» Mientras aguardaba ante un semáforo en rojo recordó algo que le había contado su padre sobre cierto primo al que Wallander no había visto jamás. El primo era conductor de transbordadores entre varias islas del archipiélago de Estocolmo; travesías cortas, que por lo general no duraban más de cinco minutos, año tras año el mismo tramo. Un día no pudo más. El transbordador estaba lleno de coches, a última hora de una tarde de octubre. Y de repente giró el timón y puso rumbo a mar abierto. Después contó que sabía que el transbordador tenía combustible suficiente para llegar a alguno de los estados bálticos. Pero cuando se vio abrumado por conductores indignados y por los guardacostas que acudieron para obligarlo a recuperar el rumbo no dio más explicación. Jamás explicó por qué lo hizo.

Wallander pensó que, de algún modo, comprendía a su primo.

Unas nubes solitarias se precipitaban por el cielo mientras él conducía por la costa en dirección oeste. Por la mañana oyó en la radio que hacia la tarde podía nevar otra vez. Poco antes de pasar el desvío hacia Marsvinsholm lo adelantó una moto. El conductor saludó con la mano y Wallander pensó que era una de las cosas que más temía en el mundo, que Linda sufriese un accidente con la moto. Él no tenía la menor idea de que le gustasen las motos hasta que un día, varios años atrás, Linda

atterrizó en la explanada de la casa de su padre con su flamante Harley-Davidson cuyos adornos en cromo relucían al sol. Lo primero que le preguntó cuando se quitó el casco fue si había perdido la razón.

—Tú no sabes cuáles son mis sueños —le respondió ella con una amplia sonrisa de felicidad—. Del mismo modo que yo no conozco los tuyos.

—En ninguno sale una moto, te lo aseguro.

—Lástima. Podríamos haber paseado juntos.

Él incluso llegó a prometerle, a suplicarle, que le compraría un coche y le pagaría la gasolina si se deshacía de la moto. Pero ella se negó y Wallander supo desde el principio que había perdido la batalla. Linda había heredado su tozudez, no conseguiría hacerla desistir de la moto, daba igual con qué intentase convencerla.

Cuando giró para acceder al aparcamiento de la playa de Mossby, que debido al vendaval estaba desierta, Linda ya se había quitado el casco y lo esperaba en la cima de una duna, con el cabello al viento. Wallander apagó el motor del coche y se quedó sentado observando a su hija, vestida con aquella ropa de piel negra y las botas de un precio disparatado, pues se las hicieron a medida en una fábrica de California y le costaron casi el sueldo completo de un mes. «Hace tiempo era una niña que, sentada en mis rodillas, me consideraba el más grande de todos los héroes», pensó Wallander. «Ahora ya ha cumplido treinta y seis años, es policía, como yo, y tiene una mente aguda y la sonrisa franca. ¿Qué más puedo pedir?»

Salió del coche a la ventisca de la intemperie y trepó como pudo por la blanda arena hasta que llegó al lado de Linda. La joven le sonrió.

—Aquí ocurrió algo —le dijo—. ¿Recuerdas qué?

—Me anunciaste que ibas a ser policía. Sí, aquí fue donde me lo dijiste.

—No, estaba pensando en otra cosa.

De pronto, Wallander cayó en la cuenta de a qué se refería.

—Un bote de goma con los cadáveres de dos hombres fue arrastrado a tierra —le dijo—. Hace tantos años que ya ni siquiera recuerdo cuándo sucedió. Es como si esos sucesos hubiesen acontecido en otro mundo.

—Háblame de ese mundo.

—No creo que me hayas hecho venir aquí para eso, ¿verdad?

—Bueno, tú cuéntamelo de todos modos.

Wallander extendió el brazo señalando el mar.

—De los países que hay al otro lado apenas si sabíamos algo. Supongo que a veces fingíamos que no existían. Estábamos separados de los estados bálticos, nuestros vecinos más cercanos. Y ellos de nosotros. Un día, el bote de goma llegó flotando hasta aquí y la investigación me condujo a Letonia, a la ciudad de Riga. Pude hacer una visita al otro lado de un muro de acero que ya no existe. Entonces el mundo era distinto. Ni peor ni mejor, sólo diferente.

—Voy a tener un hijo —declaró Linda—. Estoy embarazada.

Wallander se quedó sin aliento, como si no hubiese comprendido lo que acababa de decirle. Luego empezó a mirarle la barriga, oculta tras la ropa negra de piel. Linda rompió a reír.

—Claro que aún no se nota nada, sólo estoy de dos meses.

Tiempo después, Wallander recordaría cada detalle de aquel encuentro en que Linda le hizo esa importante revelación. Bajaron a la orilla encogidos para protegerse del viento que les soplaban en contra. Linda le contó cuanto quiso saber. Cuando volvió a la comisaría, una hora más tarde, Wallander casi había olvidado la investigación de la que era responsable.

Aún no habían dado las cinco de la tarde, estaba a punto de empezar a nevar otra vez, cuando lograron localizar unas imágenes de dos hombres que estuvieron presuntamente involucrados en el robo de armas y el brutal asesinato. Wallander sin-

tetizó lo que ya todos sabían, que aquello suponía un gran avance hacia la resolución del caso.

Acababa de terminar la reunión y todos recogían sus documentos y carpetas cuando Wallander sintió un deseo irrefrenable de hacerlos partícipes de la alegría infinita que experimentaba.

Pero, por supuesto, no soltó palabra.

Sencillamente, no se le habría ocurrido decirles nada. A sus colegas no les comunicaría algo tan íntimo. Jamás en la vida.